

JAVIER IRUJO LIZAUZ TRABAJADOR SOCIAL EXPERTO EN PERSONAS MAYORES CON DEMENCIA

“Detrás del comportamiento de una persona con demencia, hay una razón”

Un anciano desorientado tiene el mismo derecho a que se respeten sus emociones y a que se le acompañe en su realidad, aunque ésta sea confusa o mezcle épocas y personas. Por esto aboga el método de la Validación, que tiene en el pamplonés Javier Irujo a un referente nacional.

AINHOA PIUDO Pamplona

Ante una nonagenaria con una demencia que llama a su madre insistientemente parece haber solo dos alternativas: o seguirle la corriente y decirle que en seguida viene, o confrontarle con la realidad recordándole que su madre falleció hace mucho tiempo. “Pues no es así, existe otro camino”. La afirmación es de Javier Irujo Lizaur (Pamplona, 1984), un trabajador social que descubrió de rebote lo inmensamente feliz que le hace poner sus capacidades al servicio de los mayores, y que se ha convertido en un referente nacional en el método de la Validación. Este sistema, ese otro camino que él defiende porque ha comprobado que se traduce en “menos medicación, menos sujeciones, profesionales más satisfechos y familias más tranquilas”, pivota sobre la necesidad de empatizar con estos ancianos. “Pero empatizar de verdad, porque la empatía es algo muy mal entendido”. No es “reprimir sus emociones”, “buscar a toda costa que se sientan bien”, negarles “su derecho a estar tristes o enfadados”. Es, más bien, una cuestión “de actitud, de mirada”, de querer “conectar” con la realidad del enfermo y respetarla. “Detrás de todos estos comportamientos, siempre hay un razón”, sostiene Irujo. “Otra cosa son las dificultades que los demás tengamos para entender cuál es el motivo”, añade.

La Validación es un método creado por la estadounidense de origen alemán Naomi Feil entre los años 60 y 80 del siglo pasado. Feil, que creció en una residencia de mayores de Cleveland donde sus padres trabajaban, se especializó en esta área y desarrolló una nueva propuesta porque consideraba que los métodos tradicionales para tratar a las personas con deterioro cognitivo no funcionaban. “Validación es, en realidad, una mala traducción del inglés. Creo que sería más ajustado llamarlo Valorización, porque consiste en poner en valor lo que está expresando la persona desorientada”, detalla el pamplonés, que se ha convertido en uno de los pocos formadores de este método que



Javier Irujo, en una de las entradas a la Ciudadela de Pamplona, un paisaje que le retrotrae a sus años de niñez.

EDUARDO BUXENS

hay a nivel nacional. “El primer curso se hizo en Barcelona en 2014, organizado por la Asociación Relay, que es la única acreditada por el Validation Training Institute (VTI)”, detalla.

La Validación está implantada ya en países como Francia, donde Irujo ha ampliado conocimientos en el último año y a donde sigue acudiendo periódicamente, para impartir formaciones de la mano del Instituto de Katia Munsch; también en Alemania, Bélgica, Italia, Suiza, Estados Unidos, Japón o China, pero en España es todavía muy minoritario. “Es una metodología que encaja perfectamente con la Atención Centrada en la Persona, que es el enfoque del que tanto se habla últimamente”, reflexiona.

Irujo aboga por que este “cambio de mirada” pueda producirse en todos los profesionales que están en contacto con las personas mayores, “desde el cocinero hasta el médico, pasando por el fisioterapeuta o los trabajadores sociales”. “Hay papeles como los de los auxiliares que están muy mal pagados y nada valorados, cuando hacen el trabajo más importante del mundo. ¿Quién tiene un contacto tan directo con los ancianos como ellos, que se encargan de su higiene. Hay algo más íntimo que eso?”. También hace falta una organización de los centros “más flexible”, que se adapte a los usuarios.

La realidad trastornante

“Todas las emociones son necesarias”, defiende Irujo. Si una persona está triste, es por algo; y si tiene

EN FRASES

“Negamos a los mayores su derecho a estar tristes o enfadados, buscamos a toda costa que estén contentos”

“¿No será que llorar y chillar es lo lógico cuando estás solo y te haces pis encima?”

miedo o está enfadado, también hay un motivo. “Pero nosotros nos empeñamos en maquillar la realidad, en el Doña-Puri-no-lloré-que-hace-un-día-muy-bonito. Nos escondemos continuamente detrás de etiquetas como el trastor-

no del comportamiento”, lamenta, “cuando lo que ocurre es que la propia realidad es trastornante para ellos. ¿No será que llorar y chillar es lo lógico cuando eres muy mayor, tu entorno ha ido muriendo, estás solo en una residencia y te haces pis encima?”, anima a cuestionarse. “Pero todo eso, al resto, nos incomoda”.

Viajar a otras épocas de la vida, llamar a los padres o a los hijos, confundir la identidad de las personas son, muchas veces, mecanismos que esos enfermos encuentran para sobrellevar el día a día. “Si una persona repite una y otra vez que quiere ver a su hijo, hay que intentar entender qué está sintiendo, qué necesidad hay detrás. Su hijo puede ser un símbolo de muchas cosas. Cada situación es distinta y no hay una respuesta mágica, porque la Valida-

ción no es una receta. Pero al menos debemos intentar llegar a eso que esa persona expresa y no quedarnos en el ‘se le ha ido la olla y ya está’, reivindicando.

Un caso concreto. “La señora Griselda, la abuela de una amiga, a la que habían llevado a una residencia. Cuando empecé a ir a verla, no dejaba de hablar de la casa, de que la habían cambiado, de que había otra gente. Supe que cuando era pequeña, tuvo que abandonar su casa porque murió su padre, y la casa la heredó la primera mujer. Estaba anclada en aquel momento, y el traslado a la residencia había provocado que reviviera aquello”, argumenta. “Conseguí conectar con ella, conversar con ella de muchas cosas permaneciendo en su realidad, sin intentar reconducirla. Mi amiga me decía: con nosotras apenas habla y contigo no calla”.

Sin palabras, también

Cuando la persona está tan deteriorada que ha dejado de comunicarse verbalmente, sigue habiendo mucho que se puede hacer. “Recuerdo el caso de una mujer de origen argelino que conocí en Reims. Yo acababa de llegar, mi francés era patético y el suyo una mezcla extraña con el árabe, pero logramos comunicarnos sin casi necesidad de palabras. Ella chillaba mucho, tenía una gran rabia interior, y yo le acompañé en ese sentimiento, dándole espacio para expresarlo. Incluso hablando en distintos idiomas se puede acompañar de manera empática, pero es que pecamos en no dar importancia a lo no verbal”, insiste.

De las tejas romanas a la residencia

Después de sus años como alumno de Jesuitas, Irujo se marchó a Barcelona para estudiar Historia porque quería ser arqueólogo. Se licenció y, enfascado en la tesina del doctorado “sobre el apasionante tema de las tejas y ladrillos de la época romana”, bromea, sintió que le “faltaba algo”. Ese algo lo encontró en el Trabajo Social, que también cursó en Barcelona después de haber pisado mucha calle gracias al voluntariado. “Me encantó y pensé: me apunto a lo que sea menos a residencias de ancianos, porque con mayores no quiero trabajar”. Carambolas de la vida, su primer empleo fue en uno de estos centros que a Irujo le parecían “tristes y deprimentes” aunque nunca había pisado uno. “Me enamoré del trabajo con la gente mayor y ya no quiero hacer otra cosa. Por eso siempre digo que en la vida hay que estar abierto a lo que venga”. Ahora, el joven ha optado por “volver a casa” después de muchos años, y espera ejercer de profeta en su tierra para que el método de la Validación arraigue. “Está todo por hacer en este terreno y eso me parece un desafío”, expresa.